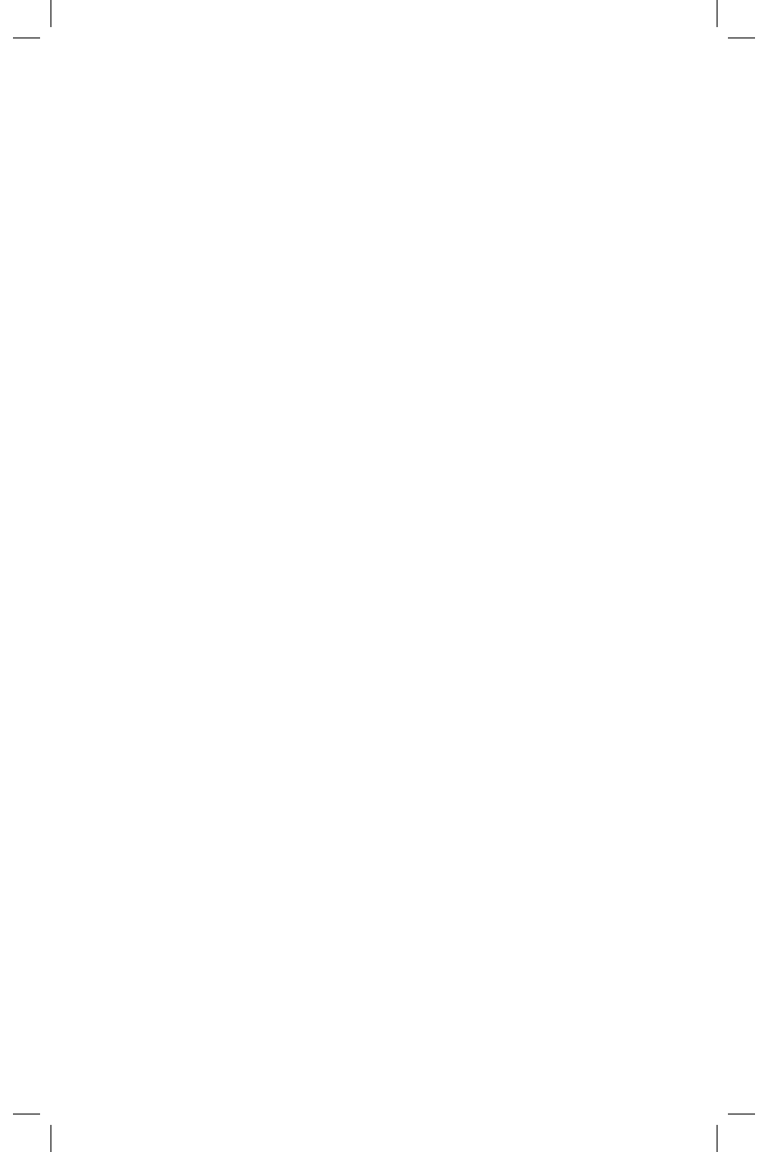


Este libro no habría sido posible sin el trabajo de tantos autores, investigadores y estudiosos que, con rigor y pasión, han iluminado la figura de José Manuel Gallegos Rocafull y el contexto de su tiempo. A ellos, y a su propia obra —especialmente *La pequeña grey*—, debo la base documental y el horizonte interpretativo que aquí he intentado recrear. Mi reconocimiento se extiende también a los testimonios recogidos en artículos, entrevistas y memorias, que han aportado matices vivos a la reconstrucción. A todos ellos, y a quienes siguen manteniendo viva la memoria de los vencidos, mi gratitud. Porque recordarlos es también mantener viva la esperanza de un Evangelio que aún tiene algo que decir.

Ángel Francisco Sánchez Escobar



La memoria sostiene lo que la victoria no pudo.



1. EL SOBRE Y LA MEMORIA

El sobre descansaba en mis manos, convertido en un objeto ardiente. Amarillento por el viaje, sellado con lacre rojo, parecía contener más que palabras; contenía, en realidad, mi propia historia. Al romperlo, con un chasquido seco que resonó en el patio, la tarde mexicana se llenó de un silencio grave. Las letras de la Nunciatura, fechadas el 28 de mayo de 1950, parecieron danzar frente a mis ojos cansados: me devolvían mi condición sacerdotal.

El corazón me dio un vuelco, pero no sentí júbilo, más bien una calma antigua. Aquello era la confirmación del destino sobre lo que ya estaba escrito desde antes de mi nacimiento. No había sorpresa, sino la certeza de un camino cerrado y abierto a la vez.

Me rodeaba el aire tibio de Coyoacán, con sus jacarandas en flor, violetas encendidas que caían sobre las losas del patio de la parroquia de la Coronación en un llanto luminoso. El viento traía un perfume dulce, mezclado con humo de carbón de las casas vecinas y el son errático de un organillero que insistía en la calle. Todo era presente y, sin embargo, mi memoria se abría en un

abanico hacia atrás. París, Madrid, Córdoba, Marchena, Cádiz... hacia mi propio nacimiento.

—¿La ha leído ya, padre? —me preguntó sor Clara desde la verja, con esa mezcla de respeto y ternura que tienen las monjas jóvenes antes de aprender a disfrazar la curiosidad.

Levanté la vista y esboqué una sonrisa incompleta.

—Así es, aunque hay noticias que no son nuevas, hija. Solo confirman lo que el alma ya sospechaba.

Ella inclinó la cabeza en silencio.

Apoyé la carta sobre la mesa y, en su lugar, tomé mi viejo y voluminoso cuaderno azul de tapas deshilachadas, el mismo que había cruzado el océano conmigo. No siempre escribía en él al instante. A veces llenaba papeles sueltos, recibos o márgenes de libros con notas dispersas y, más tarde, las pasaba a esas páginas. Era mi manera de resistir al olvido, de hilvanar una memoria que nunca dejaba de desbordarse.

Abrí el cuaderno y, escribí con la pluma que mi madre me regaló un lejano día de Reyes.

Hoy, 28 de mayo de 1950, la Nunciatura me devuelve un título. La conciencia, en cambio, nunca me la quitó.

Luego, volví la hoja y escribí en letras apretadas.

Marchena. Primeras campanas.

La pluma acarició el papel con un sonido leve, semejante a un tañido íntimo. Bastó esa palabra —Marchena— para que todo lo demás regresara: las voces de mi

infancia, el polvo del corral, los rezos aprendidos de memoria, el olor a pan recién horneado y el rumor lejano del Guadalquivir bajo el sol andaluz, que aún parecía flotar en mis recuerdos.

Tenía apenas catorce años cuando compré aquel cuaderno en la única librería del pueblo. Había ido guardando, moneda a moneda, lo que me daban en los santos o en los cumpleaños de alguna vecina —especialmente de Eduarda—, hasta que por fin me alcanzó para aquella abultada libreta de pastas de cartón azul. Lo sostuve entre las manos con la solemnidad de un hallazgo. Aquel cuaderno esperaba todo lo que yo todavía no sabía decir. En sus hojas en blanco se abría un horizonte sin nombre.

Cierro los ojos y ya no estoy en Coyoacán. Vuelvo a ser un niño que corre por la plaza soleada con un mundo entero por descubrir. Así comienza la historia que nunca dejó de escribirse en mí.

2. MARCHENA

Nací el 21 de agosto de 1895 en el hospital militar de Cádiz. Según me contaba mi madre, el olor a sal se mezclaba con el desinfectante de los pasillos encalados. Me bautizaron con un rosario interminable de nombres. José, Manuel, Pedro Alcántara, Francisco de Paula, Gregorio, Maximiliano del Sagrado Corazón de Jesús. La vida, sin embargo, acabó reduciéndolos a dos: José Manuel. De niño fui más bien enjuto, con frente amplia y rostro alargado, rasgos acentuados por el paso del tiempo.

De mi padre, teniente de navío, apenas quedó un retrato desteñado. Murió joven en el Rif, bajo un sol inmisericorde. De aquellas campañas coloniales saldrían, años después, la mayoría de los generales y jefes que se sublevaron en julio de 1936, endurecidos por la guerra y convertidos en los llamados oficiales africanistas, prestigiosos dentro del ejército por su brutal experiencia en Marruecos.

Mi abuela Gregoria repetía que mi padre fue hombre de honor y que yo lo sería de fe.

No se equivocaba. Al menos lo intenté. Ella permaneció viuda en Cádiz, aferrada a sus recuerdos, mientras mi madre buscaba rehacer su vida en Marchena, de donde ella era. Allí se casó con Gaspar Salvago, hombre de campo. No todos en el pueblo lo aprobaron. Allí se murmuraba todavía cuando una viuda tomaba segundas nupcias, aunque, en el fondo, todos sabían que pocas mujeres podían sacar adelante a sus hijos solas.

Y Marchena fue el rostro de mi infancia. Hornos de pan caliente, tierra reseca, sudor jornalero y el rumor del río Corbones, que cruzaba el valle. Una vena humilde del Guadalquivir. Veía a los hombres —Gaspar entre ellos— encaminarse al campo en la penumbra del alba, con la gorra calada y las alpargatas vencidas por el polvo. Eran ellos, los que trabajaban sin esperar gloria, quienes poblaron mi memoria para siempre.

En casa crecimos tres. Ángeles, un año menor que yo; Mercedes, hija del segundo matrimonio de mi madre, y yo. Gaspar, siempre sobrio, vestía chaleco en verano y sombrero ajado los domingos. Era un hombre recio, de manos anchas y piel tostada por el sol, con el bigote siempre bien recortado. Fumaba poco, apenas algún cigarro en las fiestas o tras una larga jornada de campo. Su silencio imponía, pero en sus ojos había ternura escondida. Acabé por llamarle padre. A Ángeles y a mí nos acogió bajo su sombra, reconociéndonos en su propia sangre.

Una tarde, con once años, repetía en voz alta aquel versículo que nos habían hecho aprender en la parroquia de San Juan, «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». La tarde ardía y las gallinas

picoteaban con desgana. Creía estar solo, pero Gaspar me observaba desde el sombrero de paja del patio.

—¿Sabes lo que dices? —me interrumpió.

—Sí. Que los que cargan con el peso del surco encontrarán consuelo.

Guardó silencio, sorprendido por mi respuesta.

—Ojalá. Estudia, José Manuel. Pon tu granito de arena.

Aquella palabra se me clavó muy dentro. Una astilla luminosa. Esa noche anoté, a mi manera, en la libreta azul.

Gaspar dice que el Evangelio cabe en un grano de arena. Yo aún busco la montaña.

Fue por esos días cuando se acercó a mí por primera vez Rafi, una tarde en la calle Central. Iba del brazo de una amiga y el sol caía oblicuo sobre los balcones mientras los vecinos se asomaban a la puerta para tomar el fresco. Llevaba la trenza rubia bien apretada y los ojos castaños brillantes, en los que parecía caber toda la luz de agosto. Había en su manera de caminar una seguridad que no era insolencia; era una sencillez bien plantada, propia de quien sabe ocupar su sitio en el mundo sin pedir permiso. Hija del teniente de la Guardia Civil destinado en el puesto del pueblo, arrastraba tras de sí la sombra rígida de su padre, pero en ella todo era claridad y brisa de verano.

El teniente Ramírez era un hombre de uniforme antes que de carne. Su voz sonaba seca, un disparo y sus órdenes no admitían réplica. Vigilaba el pueblo

con una severidad que inspiraba más miedo que respeto y en su casa mandaba con la misma rigidez con que impartía disciplina en el cuartel. Católico de procesión y reglamento, se enorgullecía de cumplir la ley sin pestañear, incluso cuando esa ley pesaba de plomo sobre los más humildes. La gente lo veía como un guardián implacable, incapaz de dobleces ni clemencias. Y yo, que había aprendido a desconfiar de los uniformes —quizás porque unos hombres uniformados nos informaron de la muerte de mi padre—, sentía un temblor incómodo cada vez que lo veía pasar por la calle, rígido, con el aire mismo cuadrándose a su paso.

Rafi, en cambio, era otra cosa. Cuando me habló lo hizo sin dureza, con una naturalidad que desarmaba.

—Me he enterado de que te irás a estudiar a Sevilla —me dijo. Su voz era clara y, al pasar junto a mí, me llegó un leve olor a colonia, fresco. Llevaba escondido un trozo de primavera en la piel.

Sus palabras me pillaron de sorpresa. Asentí, encogido detrás de mi cuaderno de latín. En sus ojos parecía adelantarse mi futuro antes de que yo mismo lo pronunciara.

—Pues que no se te olvide volver —añadió sin darse importancia, con la ligereza de una orden distinta a las de su padre.

Yo me quedé callado, con un calor repentino en la garganta, comprendiendo que, en medio de tantas rigideces, había aparecido alguien capaz de hablarme con sencillez y dejar en mí un rastro de esperanza.

Supe entonces que, incluso con vocación, uno no se libra de ciertos fuegos.

Yo iba con mi amigo Emilio Atalaya. Era de compleción recia, con ojos verdes intensos y cabello crespo. Andaba con zapatos gastados y una camisa de verano heredada que le quedaba corta de mangas, pero se movía con una dignidad que no pedía perdón a nadie. La sombra del suicidio de su hermano lo acompañaba, un rumor persistente del que nacía quizá ese descontento hondo con la vida. Sin embargo, bajo su aspereza había una lealtad inquebrantable, propia de quien sabe estar junto a otro aunque todo alrededor se derrumbe.

Antes incluso de que la vida me empujara fuera del pueblo ya había sentido, a través de Emilio, el peso de una tragedia que marcaría mi juventud. El primer golpe fuerte no vino de la guerra, sino del propio pueblo. Ramón, el hermano menor de Emilio, muchacho delicado y risueño, se quitó la vida. Lo habían hostigado con insultos y chanzas «por maricón». En las noches de verano, los valientes de esquina eran crueles a escondidas. Entonces era así: a los suicidas se les negaba sepultura en sagrado. En los pueblos se enterraban en el corralillo de los disidentes, fuera de tapia, o en el cementerio civil si lo había. A mí me hirió que la caridad se volviera reglamento. El sacristán cerró el libro de difuntos con la frialdad de quien baja una tapa de ataúd.

Protesté. Fui al despacho del alcalde, crucé luego a la sacristía. Pedro, el párroco —que podía haberme respaldado—, bajó la mirada.

—Hay normas, José Manuel —murmuró—. Dios tendrá su misericordia, pero el cementerio es de la Iglesia.

—¿Y la Iglesia de quién es? —pregunté temblando.

No respondió. El entierro fue al atardecer, fuera del camposanto. Los padres, de luto, dejaron caer un puñado de tierra con una dignidad que partía el alma. Aquella fosa al otro lado del muro me enseñó algo que no olvidaría: cuando la religión olvida a los heridos, deja de ser Evangelio y se vuelve trámite.

Quizá por eso, cuando semanas más tarde emprendimos el viaje a Sevilla, lo hicimos con una mezcla extraña de duelo y esperanza. No era un día cualquiera. Íbamos a examinarnos de ingreso para poder entrar en el bachillerato como alumnos libres. El vagón de madera crujía. Fuera, trigales y olivares avanzaban en ejércitos en marcha. Yo llevaba el corazón encogido entre las páginas de mi cuaderno de latín. Emilio, en cambio, miraba por la ventanilla con la certeza de que la vida empezaba más allá del último olivar.

Antes de subirnos al tren yo había tenido que vencer no pocos reparos en casa. Mi madre temía los gastos y Gaspar, con la prudencia de quien ya sabe lo que cuesta cada moneda, me preguntó más de una vez si estaba seguro. Al final cedieron, quizá porque adivinaron en mí una determinación que no era común en el hijo de un pueblo pequeño.

A Emilio no le hicieron tantas preguntas. Él se comportaba con la seguridad de que la vida debiera abrirle paso sin explicaciones. Su decisión de presentarse al examen vino poco después de hablar con Rafi y enterarse de la muerte de su hermano. Quizás sentía algo por la muchacha. Yo lo vi renacer de golpe, con un aire de desafío, negándose a que la desgracia lo encadenara al silencio del pueblo.

—Me presentaré también —me dijo una tarde, sin darle más vueltas—. Y tú me ayudarás.

Acepté sin dudar. Sabía que el tiempo corría en su contra, que apenas quedaban semanas, pero también comprendí que esa era su forma de seguir en pie. Así nos pusimos a repasar juntos, bajo la luz incierta de las lámparas de petróleo, con los apuntes extendidos entre tazas de café recalentado y papeles que parecían multiplicarse.

Cuando llegó el momento, partimos los dos rumbo a Sevilla. El tren avanzaba y, en cada sacudida del vagón, yo sentía que se acercaba el instante decisivo. Emilio iba a mi lado, callado, con la gorra echada hacia delante y los apuntes doblados en un bolsillo. Yo repasaba mentalmente lo estudiado, aferrado a la idea de retenerlo todo a fuerza de repetición.

La estación de San Bernardo nos recibió con un bullicio de tranvías, vendedores de agua fresca y estudiantes que, al igual que nosotros, venían cargados de nervios. El instituto se alzaba como un templo severo de muros altos y ecos solemnes. Allí, en un aula demasiado grande para nuestro ánimo, aguardamos turno junto a otros muchachos de pueblos cercanos. Se oían susurros, toses y el repiqueteo de zapatos contra el suelo. Cada uno medía su miedo con pequeños gestos.

—¿Crees que lo lograremos? —me preguntó, dudoso.

—No lo sé. Pero lo intentaremos.

El examen era oral. Nos llamaban al estrado de uno en uno, frente a un tribunal de cinco profesores, cada cual guardián de su materia; desde las matemáticas y la lengua hasta la historia, la geografía y el latín. Subí con las manos temblorosas. La chaqueta de los domingos

me quedaba grande en los hombros. Mi cuerpo angosto de carnes no alcanzaba todavía a llenar la tela. El orden riguroso imponía más que las palabras y, al escuchar los nombres que precedían al mío, sentía que cada paso al frente que daba el compañero era también un paso que me acercaba al abismo. Emilio subió con un aire de altivez que, en el fondo, no era más que su modo de encubrir la timidez, mientras yo repasaba en silencio declinaciones y ríos de Europa, temiendo que mi voz se quebrara en cuanto fuera mi turno.

Tuvimos tiempo de comer unos bocadillos que mi madre nos había preparado a los dos. La espera hasta las notas fue aún más cruel que el examen. Nos hicieron bajar al patio, donde un bedel leyó en voz alta los nombres aprobados. Cada sílaba que resonaba contra las paredes del instituto era un golpe seco en el pecho. Cuando escuché el mío apenas sentí alivio; la mirada de Emilio ya estaba fija en el suelo, anticipando un destino conocido de antemano. Y, efectivamente, su nombre nunca llegó.

En el patio, con el sol alargando las sombras y una sonrisa triste que era más herida que consuelo, me dijo, sin mirarme:

—Tú sigue. Si uno llega, es como si llegáramos los dos.

Anoté después una frase en mi cuaderno.

Mi victoria pesa por su derrota. No olvidarlo.

Y mientras los demás celebraban o lloraban en voz alta, yo comprendí que para Emilio la vida había vuelto a

mostrar su rostro más duro. No parecía nada justa con él. Le negaba a propósito cada rendija de esperanza.

El recuerdo de Ramón —el hermano menor de Emilio, muerto en 1909 y enterrado fuera de tapia— me volvió entonces con un ardor de injusticia antigua. Si ya la Iglesia había cerrado sus puertas a un muchacho herido, ¿qué podía esperarse ahora de una España en guerra? Todo parecía repetirse: muros que dividen, silencios que condenan. Ahora, al recordarlo desde mi exilio, comprendo que aquel día se sembró en mí una convicción.

No sé si Dios escribe recto con renglones torcidos. Sé, en cambio, que la memoria no perdona los muros. Al otro lado de la tapia quedó un muchacho sin misa. En la plaza, un cura sin coraje. Y en medio, Rafi con su trenza y mi decisión de defender la vida en su sitio, contra la guerra y contra los cobardes.

Por eso, si más adelante me piden que bendiga sables, yo volveré a esa fosa y a esa esquina. Allí entendí qué significaba sembrar un granito de Evangelio en mitad del miedo: alzar la voz cuando la injusticia lo exige, guardar silencio cuando ese silencio salva y velar al que está en la diana, aunque el precio sea quedarse a solas contra el mundo.

Los años siguientes vinieron cargados de libros y exámenes, de viajes a Sevilla siguiendo el curso del Corbones hacia el gran Guadalquivir, y de regreso a Marchena. Entre el estudio y las idas y venidas fui descubriendo rutinas que acabarían marcando mi juventud.